

## LA SOMBRA DE LA CORTE: REPRESENTACIONES DEL PUEBLO EN EL BRASIL DECIMONÓNICO\*.

ROBERT ROWLAND<sup>1</sup>.

En el contexto de celebración de las efemérides, en que se multiplican iniciativas destinadas a recordar los doscientos años de la llegada de la Corte Portuguesa para Río de Janeiro y en que proliferan publicaciones de cualidades muchas veces discutibles, destinadas al gran público, poco dicen sobre el acontecimiento en sí. Me limito a tomar como epígrafe y pasar en limpio la descripción que de él se hizo en: *A la Margen de la Historia*, Euclides de la Cunha:

“Napoleón Bonaparte, que se proponía derramar sobre la tierra el esplendor del concepto emancipador de la enciclopedia al flajor de las armas, lanzó en 1807, a las tropas de Junot contra la Península Ibérica. Y fue como se sabe un duro paseo militar. El inmortal sargento entró por las fronteras desprotegidas de Portugal y asustó al mas inofensivo de los reyes” (1926, p218-9).

El episodio, como se sabe, tiende a ser objeto de variadas interpretaciones por parte de diferentes sensibilidades historiográficas.

En aquella que fue, durante muchos años, la narrativa hegemónica, siendo transmitida a generaciones sucesivas de brasileros en los bancos de la escuela, la venida de la Corte constituyó el punto de partida de un proceso que culminó, en 1822, con la independencia política. La apertura de los puertos a las naciones amigas, el tratado de 1810, la elevación en 1815 del Estado de Brasil a estatuto de Reino Unido con Portugal, y la posterior tentativa, por parte de las Cortes de Lisboa, de restablecer una forma de *status quo* ante todo eso fue visto como

---

\* El presente artículo forma parte de la compilación VOLPI SCOTT, Ana Silva y Eliane Cristina DECKMANN FLECK (comp). *A Corte no Brasil: População e Sociedade no Brasil e em Portugal no início do século XIX*. Editorial Unisinos. Brasil 2008. Agradecemos a Robert Rowland y las compiladoras por autorizar su publicación en castellano en revista páginas. Traducción realizada por Clara Weihmüller.

<sup>1</sup> Este artículo reproduce, con poquísimas alteraciones y con la inclusión de las referencias bibliográficas indispensables, el texto de la conferencia pronunciada en la sesión de apertura del coloquio Para una discusión mas profunda (aunque con otro enfoque) de algunos de los temas aquí abordados, me permito remitir a otro texto mío (Rowland 2003). [Nota de la traductora: se refiere al Coloquio Internacional. “La Corte en el Brasil: Población y Sociedad en el Brasil y en Portugal en el inicio del siglo XIX”].

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

una historia cuyo desenlace, cuando no inevitable, era por lo menos previsible y estaba inscripto en el orden natural de las cosas.

Ya en la propia coyuntura de la independencia, algunos sectores proponían una interpretación formulada en esos términos. El comerciante inglés John Armitage, próximo de la *Estácio da Veiga* y del grupo de la *Aurora*, y que vivió en Río entre 1825 y 1835, escribía en su *History of Brasil*, publicada en Londres en 1836:

“[El manifiesto de las Cortes] suscitó las más serias preocupaciones de parte de los brasileños, más (...) fue recibido con aplausos por los portugueses. Miraban éstos con envidia por la progresiva extensión del comercio extranjero en el Brasil, mientras el de Portugal disminuía diariamente; consideraban esta circunstancia como únicamente hija de la libertad de comercio, cuando sólo era debido a los progresos que todas las otras naciones hacían en las artes y manufacturas, y al estado inactivo y estacionario de Portugal (...). Habían imitado los brasileños a los habitantes portugueses en abrazar con fervor la causa constitucional, por la cual esperaban conseguir mayor amplitud de libertad civil, Sin embargo, convenciéndose por lo contrario, que la intención de las Cortes era reducirlos otra vez a la condición de colonos, separándose del partido portugués, y determinaron conseguir su independencia si fuera posible” (1943, p. 45, 63)

Esta interpretación “nacionalista”, según la cual la venida de la Corte y la apertura de los puertos desencadenaron un proceso de exacerbación de las contradicciones del sistema colonial y crearon una oposición irremediable entre los intereses de los portugueses y los brasileños, fue siendo repetida, con algunas variaciones, a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX.

Emilia Viotti Da Costa, por ejemplo, escribió en 1968:

“Desde 1808, D. Joao vacilaba entre la necesidad de liberalizar la economía, de acuerdo con las tendencias de la época y las exigencias británicas [...] y la necesidad de mantener numerosas restricciones indispensables a la protección de los intereses portugueses [...]. Adoptar en toda extensión los principios del liberalismo económico significaba destruir las propias bases de las cuales se apoyaba la Corona. Mantener el sistema colonial era imposible en las nuevas condiciones. De ahí las contradicciones de su política económica. Los innumerables conflictos derivados acentuaron y volvieron más claras, a los ojos de los colonos y de los agentes de la metrópoli, las divergencias de intereses existentes entre ellos, provocando reacciones opuestas: los colonos percibieron las ventajas de ampliar cada vez más la libertad, mientras los metropolitanos se convencieron de restringirlas. [...]La política de D.Joao volvería insuperables las divergencias entre colonia y metrópoli e inevitable el rompimiento entre ambas” (1968, p. 79-80).

Para otra corriente, más reciente, el proceso fue menos marcado por la inevitabilidad. En su clásico artículo sobre la “*interiorización de la metrópoli*”, por ejemplo, María Odila Silva Dias argumentó que sería

conveniente *“desvincular el estudio del proceso de formación de la nacionalidad brasileña (...) de la imagen tradicional de colonia en lucha contra la metrópoli, separando la independencia política del proceso interno (...) de enraizamiento de intereses portugueses e interiorización de la metrópoli en el Centro-Sur de la colonia”* (1972, p. 161, 165). Este proceso interno, a través del cual comerciantes y otros agentes económicos portugueses vieron sus intereses enraizarse en el territorio brasileño y pasaron a constituir la base para un proyecto económico y político autónomo, tendría inicio aún en el siglo XVIII. Fue evidentemente reforzado por la instalación de la Corte en Río de Janeiro, prosiguiendo hasta mediados de siglo (cf. FRAGOSO, 1992, FRAGOSO e FLORENTINO, 1993; GORESTEIN, 1993; FURTADO, 1999, MATTOS, 1999) Es, hoy, reconocido por la mayoría que fueron esos intereses y su estructuración, mucho más que la naturaleza portuguesa o brasileña, que determinaron las actitudes de las elites del Centro-Sur hacia la política de las Cortes de Lisboa en el proceso de la Independencia.

En la formulación de Luis Felipe de Alencastro:

“En las clases dominantes del país, hubo (...) dos comportamientos bien distintos y bien diferenciados cuanto a la posición a tomar después de 1822. Todos los propietarios, todos los hacendados y señores de ingenio, estuviesen ellos en la América portuguesa desde hace muchas generaciones o algunos años solamente, tendían a incorporarse a la población nativa Defensores del orden esclavista, ejerciendo dominio directo sobre los esclavos y los hombres libres que vivían en sus tierras, ellos precisaban asumir plenamente los derechos políticos otorgados por el imperio, a fin de garantizar su propia inserción en las nuevas instituciones nacionales. Todos los que tenían comercio, negocio de importación y de distribución de importados, tomaron una actitud opuesta. (...) continuaron sometidos a las casas comerciales del puerto y de Lisboa. No convenía, ni a sus patrones metropolitanos, ni a ellos mismos, optar por la nacionalidad brasileña.” (1998, p. 308-309)

En este contexto, ser portugués o ser brasileño eran construcciones políticas que reflejaban intereses y proyectos sociales y económicos más amplios, y, al contrario de lo que presuponía la historiografía nacionalista tradicional, esas identidades no eran dadas de antemano, ni determinadas por la naturalidad de cada uno.

Del resto, el propio contexto político se encontraba en vías de reestructuración. Conforme subraya István Jancsó y Joao Paulo Pimenta,

“La elevación del Brasil a la condición de Reino Unido de Portugal y Algarve (...) transformará, aunque apenas en el plano simbólico, un conglomerado de capitanías atadas por la subordinación al poder de un mismo príncipe en una identidad política dotada de precisa territorialidad y de un centro de gravedad. (...) A partir de ahí, la

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

nación brasilera se tornaba pensable si se refiere al Estado, o Reino del Brasil, que definía sus contornos como una comunidad políticamente imaginable" (2000, p 154-5)

En este proceso de estructuración de la nacionalidad, intereses económicos y referentes políticos se relacionaban en un proceso fluido cuyo desenlace estaba lejos de ser inevitable, el cual, de cualquier forma, difícilmente podrá ser acompañado a la transferencia de la Corte y a sus consecuencias inmediatas.

Reconociendo, de cierta forma, las limitaciones de un abordaje exclusivamente político o político-económico y de sus implicaciones, otros autores más recientemente tienden a abordar la transferencia de la Corte, o, mejor, la tentativa de recreación de una Corte europea en el Brasil, en una perspectiva cultural, centrada en su funcionamiento y en sus mecanismos internos. Merecen destacar aquí, los libros de Jurandir Malerba(2000) y Kirsten Schultz(2001). Otros, todavía, en un abordaje que se vincula, en cierto modo, a la tradición historiográfica nacionalista, aventuran el conflicto -que se prolongaría hasta la afirmación del modernismo, en pleno siglo XX- entre los modelos europeos de civilización traídos por la Corte y las más "auténticas" tradiciones culturales mezcladas del pueblo brasilero.(NEEDELL,1999)

Es difícil, hoy, imaginar el choque cultural que representó, para ambas partes, el súbito desembarque en Río de Janeiro de 10 a 15 mil cortesanos portugueses. Tomados de sorpresa por Junot y forzados a una fuga improvisada, esos portugueses no sabían bien aquello que les aguardaría cuando finalmente llegasen a su destino. Más podían temer lo peor, pues lo que se sabía, o creían saber, en Portugal acerca de los habitantes del Brasil no era un modelo que inspirara mucha confianza. Ya D. Luís da Cunha, cuando, en el inicio del siglo XVIII, aconsejaba D. João V a transferir su Corte para el Brasil, intentaba argumentar contra el preconceito generalizado que había en Lisboa al respecto.

"(...)pues no sabe cómo puede venir la cabeza de un hombre, que conserva toda su razón, proponer que un Rey de Portugal cambiase su residencia de Europa por la de América, cuyos pueblos, sin hablar de las diferencias de los climas, apenas tienen los sentimientos de hombres; a lo que respondo, que las ciudades de Brasil, no son pobladas de esta miserable gente, más de muchos y buenos portugueses que de ella se sirven como en Lisboa nos servimos de negros (...)" (SCHWARTZ, p 109).

En realidad, 30% de la población eran esclavos; 40% eran mestizos, mamelucos y pardos; y de los restantes, "blancos", el Marqués de Lavadio dice en una carta, en 1768, que *"los que en aquel lugar llaman blancos, pasan entre nosotros con mucho favor(o mucha suerte) por mulatos"*. (1972, p 34)

El problema para los europeos, no se limitaba al color de la piel, más se extendía a la mentalidad y al comportamiento. Según el fraile

carmelita Loreto Couto, en el manuscrito que envió desde Pernambuco en 1757 al futuro Marqués de Pombal:

“No es fácil determinar en estas provincias cuáles serán los hombres de la plebe (Ej. el pueblo); porque todo aquel que es blanco en el color, entiende estar fuera de la esfera vulgar. En su opinión lo mismo es ser blanco que ser noble, no porque ejerzan oficios mecánicos pierden esa presunción.(...) El vulgo de color pardo con el inmoderado deseo de las honras de que lo priva no tanto el accidente, como la substancia, mal se acomoda con las diferencias. El de color negro que se ve con libertad, piensa o supone que nada mas le falta para ser como los blancos”. (1981, p.226-7).

En 1798, se comentaba en Bahía que las *“hijas del país tienen una honra tal que las hijas de los hombres más pobres, del más abyecto y más desamparada mulatita, con más facilidad irá para el patíbulo que servir todavía a una Duquesa si en la tierra hubiese”*.(RUY,1951,p.43).

Y, en 1805, el viajante inglés Thomas Lindley comentaba así la falta de respeto por la jerarquía entre la población brasilera:

“Es espantoso ver lo poco que se conoce la subordinación a la jerarquía en este país: la Francia en el auge de su revolución es culto de la ciudadanía jamás el exceso, en ese aspecto. Aquí se puede ver al criado blanco conversando con su señor de igual a igual de forma amigable, contestar sus órdenes, y discutirlos si fueran contrarias a su opinión-lo que el señor admite, y frecuentemente consiente. El sistema no se queda en eso, más se extiende a los mulatas y hasta a los negros” (1805, p.68-69).

Cuando llegaran a Río de Janeiro, los miembros de la Corte se verían forzados, por necesidad de las circunstancias, a ejercer como los naturales de la tierra y aceptar la ayuda que éstos, con alguna generosidad, le ofrecieron. Esa interacción no se limitó a los primeros momentos: a medida en que las estructuras de la Corte fueron siendo recreadas en el nuevo contexto, fue la propia lógica de funcionamiento de la misma que llevó a la inclusión de los naturales en la densa red de reciprocidades y redistribución, de prestaciones, contraprestaciones y distribución de mercedes, que caracterizaba el funcionamiento de una corte del antiguo régimen.

Los miembros de la Corte, la administración imperial y su clientela, estaban poco familiarizados con los patrones de socialibilidad vigentes en la colonia y veían en la afirmación de los patrones ritualizados peninsulares un modo de, por la distinción, afirmar su superioridad. Los patrones locales les parecían una ausencia de civilidad. Como afirmó más tarde Fernan Denis, el cual ciertamente reproducía aquello que le dijeron cuando llegó al Brasil en 1816, *“en este país la sociedad no existía y con dificultad se podía descubrir algunos elementos de socialibilidad”* (1980, p 163-4).

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

Las elites locales, por otro lado, adherían prontamente a las reglas del juego que les eran propuestas. Más allá de la generosidad, por lo menos en parte espontánea, con que recibieron a los portugueses recién llegados, se dejaron luego enredar en las etiquetas de la Corte, aprendiendo y aceptando las reglas que les eran impuestas, y, al mismo tiempo, haciendo valer los recursos que dirigían y que la Corte necesitaba. Los miembros de ésta, convencidos de la superioridad de sus propios patrones de sociabilidad, concebían a su acción en términos de civilización. Como observaran, mas tarde, los naturalistas Spix y Von Martius, que también ciertamente reproducían el punto de vista de sus anfitriones en la Corte, “la salvajería americana”, por lo menos en la capital, fue removida por la “influencia de la civilización y cultura de la vieja Europa” (1981, p. 47-8)

El objetivo de estas reflexiones mías partiendo de este primer conjunto de elementos, no se circunscribe a las características o a las consecuencias inmediatas de la instalación de una corte de antiguo régimen en Río de Janeiro. Mirando además el período joanino y la coyuntura inmediata pre y pos independencia, pretendo analizar algunas de las consecuencias indirectas de la venida de la Corte. En particular, me interesan las que se relacionan con la formulación de un discurso identitario para el país recién independiente y con las sucesivas representaciones del pueblo en tanto base posible (o imposible) para la construcción de un proyecto nacional.

Comencemos, pues, con 1822. Consumada la ruptura política y lanzadas las bases para la construcción de un Estado independiente, las élites brasileñas se vieron, también, en la necesidad de formular una narrativa fundacional, capaz de definir la especificidad de la nueva nación poscolonial y de fundar la reivindicación de un lugar en el concierto de las naciones.

Sucesivas tentativas de elaborar esa narrativa echaron mano, como veremos, de un conjunto diverso y heterogéneo de temas y tópicos, los cuales fueron siendo combinados por diferentes actores, de maneras diversas y no siempre coherentes, a lo largo del siglo siguiente.

Estos elementos incluían:

- la oposición a Portugal, expresada en agresiones xenófobas, verbales y físicas, contra los “portugueses” en el Brasil;
- la afirmación de una continuidad histórica y cultural con Portugal, traducida por la permanencia de la dinastía brigantina y por la propia monarquía;
- la exaltación romántica de la naturaleza tropical y de la figura del indio;
- el pesimismo, de inspiración supuestamente científica (Darwin, Spencer, Gobineau) acerca del efecto corruptor de los trópicos y de la mestización;
- y finalmente, en el medio de todo esto, el énfasis dado, sobretodo a partir del segundo reinado, a la influencia redentora y

civilizadora de la corona, con el emperador al desempeñar el papel de patrono de las artes y de las ciencias.

Posteriormente, a partir de 1922, y en particular después de 1930, esta narrativa compuesta y heterogénea fue siendo, progresivamente, substituida por el nacionalismo cultural asociado al modernismo, y por la adoración implícita, por las élites culturales y por los aparatos del Estado, del “mito de las tres razas” como narrativa fundacional unificadora y hegemónica, la cual se atribuyó la función de definir los orígenes, la esencia y las perspectivas futuras del pueblo brasileño (DA MATTA, 1981).

El ejemplo del discurso modernista permite, por aquello que reproduce y por aquello que pretende superar, percibir mejor la naturaleza de los discursos anteriores. Subyacente a la sucesión de narrativas identitaria que fueron siendo elaboradas entre 1822 y 1922 había, de hecho, una lógica política implícita. Esta lógica se traducía, de manera sistemática, en la omisión –o mejor, en la eliminación cuanto potencial portador de un proyecto político nacional.

El pueblo en este discurso, no era lo mejor para pensar. Mas objeto que sujeto era visto como una materia prima que, tal como la naturaleza tropical y la de sus riquezas, tenía que ser dominada, civilizada, redimida. Sólo así podría tener, en el futuro, el desempeño, la función que, en los términos de la definición europea decimonónica del Estado nacional, le debería en teoría competir.

Para que percibamos mejor la naturaleza del problema, conviene examinar con un poco más de pormenor la estructuración de esta narrativa compuesta. Los que consiguieron su independencia en relación a España y Portugal, las élites latinoamericanas se vieron en la contingencia de definir una identidad nacional que simultáneamente correspondiese a la especificidad cultural y étnica de cada nuevo Estado y sirviera como justificación y legitimación de la independencia. Las nuevas repúblicas latinoamericanas y el imperio del Brasil eran, en el sentido riguroso del término, Estados pos-coloniales, por lo que sus élites culturales y políticas, constituidas en el ámbito colonial, no podían basar esas identidades, de forma exclusiva, en las características de las poblaciones y tradiciones narrativas. Precisamente en países como México y el Perú, donde la herencia precolombina era más evidente, la lengua, la cultura, la religión y las características étnicas de la élites remitían inevitablemente hacia Europa y al antiguo sistema colonial. La búsqueda de raíces nacionales envolvía la invención, o recreación, de una tradición que, de un modo u otro, estableciese una relación entre la metrópoli europea, las culturas indígenas, y el recién nacido Estado nacional.

Surgieron tres formas de encarar esta relación. Por un lado, se podía colocar el énfasis en las culturas y poblaciones indígenas, definiendo la identidad de las nuevas naciones en términos de su especificidad cultural y la herencia precolombina. Fue esta, en términos generales, la actitud adoptada, aunque de manera vacilante, por

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

Simón Bolívar. En el Brasil, ella correspondió al nativismo de las décadas de 1820 y 1830 y, más tarde al indigenismo.

Inversamente, se podía como Martín Sarmiento, afirmar la superioridad de la cultura y civilización europeas, rechazando, como inferiores, las culturas indígenas y mestizas. Fue esta, en el Brasil, como se sabe, la posición defendida, de forma aislada e inconsecuente, por Francisco Adolfo de Varnhagen.

O sea, entonces, sería posible adoptar una posición menos unilateral, cultivando las potencialidades de la noción de una civilización europea transplantada para América, capaz de dar origen, en el futuro, las nuevas formas culturales que reflexionen el nuevo contexto tropical. Fue, sobretodo, en el Brasil que esta fórmula consiguió suceso, primero, de forma abstracta, en el conocido ensayo escrito en 1845 por Von Martius para el Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro sobre *"Como se debe escribir la historia de Brasil"* (1991); y, un poco más tarde, con el desarrollo de la noción de misión civilizadora del Estado, consubstancial en la acción del emperador y de su corte.

En el Brasil, por consiguiente, estas tres perspectivas se traducirán en tres estrategias discursivas relativamente autónomas. Estas, a pesar de formuladas en alturas diferentes, pasarán a coexistir de forma inestable en la producción ideológica de las elites brasileras durante más de un siglo, variando su peso de acuerdo a las coyunturas políticas y el desarrollo de la sociedad brasileras.

I- La primera de estas estrategias discursivas, que tiene su origen en los conflictos políticos que anticiparon la independencia y seguirán luego, definía la identidad brasileras en términos de oposición a la metrópoli, sirviéndose de lo que era visto como un conflicto de intereses entre Portugal y Brasil para explicar y justificar la separación política.

En un primer momento, se trató de oponer "brasileros" y "portugueses", dejando implícito que era la naturalidad de cada uno lo que determinó las posiciones frente a la independencia. Pero, en la realidad, como ya vimos, las cosas no eran tan convenientemente simples.

Antes y poco después de la proclamación de la independencia en 1822, los "portugueses" eran aquellos, nacidos o en Portugal, que se oponían a la solución política defendida y simbolizada por D. Pedro. No eran numerosos. Los "brasileros", inversamente, eran aquellos, nacido o no en el Brasil cuyos intereses exigían su inserción y participación en las nuevas instituciones que se irían estructurando. A ese era preciso acrecentar los miembros de la población libre, blancos o pardos, que se identificaban con la independencia que se oponían a los "portugueses"

A partir de 1823, el significado de los términos comenzó a cambiar. El término "partido portugués", paso a designar, en la capital y en el sudeste de el país, aquellos, -sobretodo mercaderes y comerciantes- que apoyaban el proyecto centralizador de D. Pedro; en las otras regiones del país, abarcaba aquellos (en su mayoría grandes propietarios) que mantenían relaciones estrechas con la Corte.

“Brasileros”, eran, consecuentemente, los que se es oponían. En esta nueva coyuntura, el antilusitanismo de los Andradas, cuyo blanco principal era ese “partido portugués”, se acabó por propagar y ser dirigido contra los comerciantes portugueses minoristas, tenidos como responsables por la alza de los precios, y contra los jóvenes cajeros portugueses, que eran acusados, como inmigrantes, de ocupar mucho de los pocos lugares disponibles en el muy limitado mercado urbano de trabajo asalariado. Los conflictos entre estos portugueses y los trabajadores libres luego asumirán contornos raciales, oponiendo los “blancos” portugueses, o disfrazados, a los negros, pardos o mulatos. Lo que comenzará como una contraposición abstracta entre partidos “nacionales” amenazaba tornarse un conflicto social, y como tal, fue encarado como un problema de orden público.

Una segunda versión de esta primera estrategia discursiva, ya implícita en algunas expresiones de el antilusitanismo de los años 1820, pero formulada de manera más explícita y autónoma por exponentes de el movimiento romántico de los años 1830 y 1840, definía la identidad brasilera en términos positivos, sublimando la singularidad de el nuevo país, manifestada en la naturaleza tropical, en el paisaje exuberante, bien como en la población, en la cultura y en las tradiciones indígenas.

Estas estrategias discursivas no fueron elaboradas utilizadas insoladamente, como nos muestra el ejemplo de D. Pedro, el cual, cuando fue iniciado en la masonería en 1822, adoptó el nombre de Guatimozin (o sea, Cuauhtémoc-tzin), el último emperador azteca. El nombre del periódico de José Bonifácio, *O Tamoio*, evocaba la resistencia de los indios contra la colonización portuguesa. Poco después de la independencia, se transformó en moda cambiar de nombre, variando sobrenombres portugueses por nativos. El ejemplo más conocido fue el de futuro Vizconde de Jequitinhonha, Francisco Gomes Brandao, el cual en 1823, adoptó un sobrenombre compuesto (africano, tupí y azteca): francisco Gè Acaiaba Montezuma.

Esta tendencia nativista ya venía de antes de la independencia. En las decoraciones y ceremonias de la corte de D. Joao, el Brasil era frecuentemente representado por la figura de un indio y por la vegetación tropical. Escribiendo poco después de la independencia, el joven Ferdinand Denis argumentó que un país libre como Brasil debería tener una literatura de independencia y propuso que la naturaleza tropical, junto con las costumbres, tradiciones y la resistencia heroica de los indios, deberían subsistir el cansado paisaje europeo y las figuras de la mitología griega o caballería medieval como fuentes de inspiración literaria (1824, 1825, 1837).

Actitudes similares fueron frecuentes entre los años 1820 a 1830 y servían, a veces como contrapunto cultural a la retórica antilusitana vehiculada en los periódicos y en las calles.

Se acostumbra considerar, como acto fundador del romanticismo brasilero, la publicación en 1836, en París, de los *Suspiros poéticos y nostálgicos* de Gonçalves de Magalhaes y de los dos únicos números

de la revista *Niteroi*. Pero, de hecho, la historia es más compleja. Magalhaes y el pintor Araújo Porto- Alegre, tenían de París la invitación de Jean Baptiste Debret, el pintor responsable por buena parte de la iconografía de la Corte en Río, entre 1816 y 1831. (LIMA, 2007), el cual los introdujo en el círculo asociado a el recién creado *Institut Historique de Paris*. Fue aquí que surgió la idea de la revista, en que Magalhaes preconizó en una literatura guiada por la idea de patria y que dejase atrás los modelos portugueses. Todos los que integraban el grupo ligado a la revista eran miembros de el Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro, creado en 1838 bajo la égida del joven emperador D. Pedro II (GUIMARAES, 1988). El romanticismo brasileiro fue, en otras palabras, una tentativa programática para definir y promover, a través de la creación de una cultura literaria e histórica auténticamente brasileira, una identidad nacional y, indirectamente, para proporcionar una ideología de legitimación para el todavía joven Estado Imperial (CANDIDO, 1997, p. II, 14).

Fue este, pues, el contexto en que surgió el indigenismo, el cual, durante las próximas décadas, siguiendo el ejemplo y las sugerencias de Fernand Denis y otros exponentes del romanticismo brasileiro, convertirá a la figura trágica del indio, víctima sacrificial de la conquista y de la colonización, en el emblema de la nueva nación.

II- La segunda de las tres estrategias discursivas, casi simétricamente opuesta a la primera, fue, como dice, adoptada por Francisco Adolfo de Varnhagen. Este, en su juventud, tuvo un breve noviazgo con el indigenismo. Pero, después de una experiencia personal traumática en el interior del Estado de Sao Paulo, cuando por poco se libró de ser atacado, según afirmó, por un bando asesino de salvajes, resolvió denunciar lo que calificó de "ilusiones indigenistas". En 1849, publicó un panfleto condenando la legislación que buscaba promover la asimilación de los indígenas, considerándola condenada al fracaso. Por el contrario, afirmaba, que se debía acabar con la importación de esclavos africanos (responsable, a sus ojos, por muchos males, entre ellos el mestizaje) y extinguir la esclavitud. En su substitución, se debía promover la captura de los indios salvajes para amansarlos y obligarlos a trabajar. Una vez civilizados por el trabajo forzado podrían al contrario de los africanos, mezclarse con el resto de la población. (PUNTONI, 2003.)

En 1854, Varnahen publicó el primer volumen de su *Historia General de el Brasil*, donde exaltaba el papel histórico desempeñado por los portugueses. La obra fue recibida con indiferencia. Decepcionado por la amplia recepción poco después, al poema épico de su rival indigenista Gonçalves de Magalhaes, *La Confederación de los Tamoios*, que presentaba el sacrificio de los indios como mito fundador de la nacionalidad, Varnhagen incluía, en el segundo volumen de su Historia, una versión de un texto que presentaba cinco años antes al emperador. En este texto, titulado *Los indios y la nacionalidad brasileira*, Varnhagen afirmó que el poema de

Gonçalves de Magalhaes estaba repleto de errores y que, más allá de eso, las tesis indigenistas carecían de fundamento histórico. Los Tupí, continuó, ni siquiera eran los habitantes originales del país. Había sido, y era, el elemento civilizador lusitano- representando, en la actualidad, por la Casa de Bragança, y por el emperador lo que constituía el fundamento y garante de la nacionalidad brasilera (PUNTONI, 2003, P. 656-661).

A pesar de violenta, la polémica no tuvo continuidad. A la primera vista, parecía ser una mera continuación de las polémicas entre nativistas y “portugueses” en los años que seguirían a la independencia. Pero había algo más en juego. En un país cuya economía se basaba en la esclavitud, y donde 60% de la población era clasificada como gente de color, en una polémica acerca del papel respectivo de portugueses y de indios en cuanto verdadera expresión de la nacionalidad estaba la cuestión principal. El problema de la esclavitud y de sus implicaciones fue sistemáticamente omitido durante la discusión, a pesar del énfasis de Vernhagen en la Casa de Bragança y en la figura del emperador de retomar la advertencia hecha algunos años antes por Von Martius (en su ensayo de 1845), cuanto a la importancia de la monarquía en un país con tantos esclavos. No deja de ser significativo, a este respecto, que un indigenista tan prominente como José de Alentar pudo haber tenido, sin contradicción, una oposición notoria a la emancipación de los esclavos.

De hecho, en toda esta discusión quien primaba por la ausencia era el pueblo, como si hubiese una respuesta implícita, por parte de las elites culturales y políticas, en pensar sobre la naturaleza de las relaciones que mantenían con *“aquella masa de gente de otros orígenes con la cual, sobre la cual o contra la cual cabría organizar el nuevo cuerpo político”* (JANCSÓ e PIMENTA, 2000p.173).

En las polémicas antilusitanas de las décadas de 1820 y 1830 -que se prolongaron hasta la revolución Praiera de 1848 y después- aquello que estaba en juego era la definición implícita por la negativa de una identidad “brasileira”, contrastada con una igualmente ficticia identidad “portuguesa”. Como observó Hebe Mattos (2000, p.19) de este proceso surgiría el “brasileiro”, contrastado desde el inicio con la producción concomitante de dos extranjeros cotidianos: el portugués y el africano”. El “pueblo brasileiro” se encontraba delimitado del exterior, por la figura del “extranjero”-en el caso, del “portugués”-, pero también del interior, por la presencia de un muy significativa población de esclavos y libertos.

Había efectivamente, tres elementos en juego, y no solo dos. En 1822, el Brasil poseía, además de una de las mayores poblaciones esclavas (46% de la población de Rio de Janeiro), la mayor población de descendientes libres de esclavos en las Américas.

En la Corte de Lisboa, en Agosto de 1822 el bahiano Cipriano Barata hablaba de la sociedad brasilera como compuesta por:

Mulatos (zambo y criollos; indios y mestizos, reconozco en todos, indistintamente, gente todo nuestra (...) que la constitución Deberá reconocer como iguales, fuesen ellos hijos de portugueses o de brasileros, aunque ilegítimo, de cualquier color o cualidad, nacidos en el reino de Brasil; y mismo todos los criollos y libertos. (JANCSO y PIMENTA, 200p.0172)

Dirigir las hostilidades contra el "extranjero", contrapuso abstractamente el "portugués" al "brasileño", era una forma de evadir las implicaciones incómodas de esa diversidad y en particular, del peso de la esclavitud en el orden social brasileño. Implicaciones que se tornaron por demás evidentes cuando, también en Lisboa, los diputados paulistas reivindicaron para el Brasil la paridad de representación con base en la población total brasileña y al mismo tiempo, el reconocimiento de las especificidades del orden social en el Brasil, restringiendo la ciudadanía a una parte apenas de esa población.

Del mismo modo cuando de ella no se hablaba explícitamente, la cuestión de la esclavitud era fundamental. Desde el inicio, el indigenismo y antes de este el romanticismo de Niterói, tenían constituido una narrativa fundacional que tenía como objetivo definir, y expresar de forma literaria y artística la esencia de la nueva nación. No deja de ser significativo, en este contexto, que la mera oposición a los portugueses y a su gesta colonial halla sido transformada por Gonçalves Dias, Gonçalves de Magalhães y otros en un mito sacrificial fundacional, cuyo desenlace era el Estado imperial unitario y centralista.

En la *Historia General*, cuyo tema central era la misión civilizadora de los portugueses, Varnhagen decía estar promoviendo un patriotismo que al contrario del "patriotismo mestizo" de los indigenistas, no se basaba en el "odio a los portugueses" (VARNHAGEN 1961, p.244). Tal vez no se tenía debida cuenta de que sus adversarios, protegidos del emperador, luego de prolongarse las polémicas antilusitanas de los años 1820, estaban intentando aunque por otros medios, justificar aquel mismo Estado y aquellas mismas instituciones que Varnhagen juzgaba y deseaba servir instituciones esenciales, en las circunstancias tan cambiadas de mediados de siglo, para la manutención y supervivencia de una economía y una sociedad basada en la esclavitud.

III. La tercera estrategia discursiva, que acabó por imponerse a mediados del siglo, representaba en cierta forma, una combinación de las dos precedentes. Pero al mismo tiempo, y más luego, independientemente del papel a atribuir a los portugueses o a las culturas indigenistas en la formación del nuevo país, comenzó a tener consenso al respecto de una cosa: era misión histórica del Estado imperial crear una civilización en los trópicos, esta civilización por el simple hecho de su localización debía representar una síntesis dinámica de elementos europeos con americanos. La identidad nacional dejaba en este discurso, de residir en cualquier esencia atemporal o en una simple oposición a la metrópoli colonial, para consistir en un proceso -o mejor en un proyecto- cuyo sujeto y principal impulsor era el Estado,

representado por el emperador. (SCHWARCZ, 1998). Como promotor de la modernidad y portador de la cultura europea, de la tecnología y del progreso, el Estado auxiliado por el círculo restringido de ciudadanos educados, tenía como tarea organizar y disciplinar una naturaleza salvaje, de la cual implícitamente, formaban parte todos los sectores de la población que hasta entonces habían sido excluidos del proceso civilizatorio: los esclavos, los libertos y los sectores más pobres de la población libre (SALLES, 1996, p 1001; MATTOS, 199 p 238-74).

En otras palabras era misión del Estado asegurar la construcción política de la nación. Pero con qué bases? La propia subordinación de la sociedad civil al Estado, y el peso en éste de instituciones no representativas eran índice y consecuencia de la inorganicidad de una sociedad excluyente (SALLES, p 67-8). En el texto que escribió a fines de la década de 1850 para acompañar el celebre álbum fotográfico de Víctor Frond (SEGALA, 1988), Charles Ribeyrolles comentó que *"en el Brasil, existen blancos, negros, mulatos, pero, en el verdadero sentido de la palabra, no hay pueblo"*. Para este discípulo de Víctor Hugo. El futuro de la nación Brasileña residía en la constitución de un pueblo modelado por el trabajo y renovado por la inmigración. Su comentario fue hecho, justamente, a propósito del fracaso de la Asociación Central de Colonización Brasileña, que se propuso en un primer momento, importar cincuenta mil colonos europeos. El proyecto fracasó, aclaraba él, porque en el Brasil no había quien quisiera o fuese capaz de asumir -no había en otras palabras-, lo que él consideraba un pueblo en el verdadero sentido de la palabra.

Consideraciones análogas fueron tenidas, en 1865, por Charles Expilly, otro autor interesado en el potencial de Brasil como tierra de inmigración (1865:136-8). Un poco más tarde, inclusive, en 1889, Louis Couty (1881:87-90) afirmó que en Brasil, entre 2.500.000 indios y esclavos por un lado, y 5.000.000 propietarios de esclavos por el otro, conformaban 6 millones de personas, entre las cuales no se observaba aquellas masas fuertemente organizadas de productores libres que en los países civilizados, constituían la base de toda riqueza y una masa de electores capaz de imponer al gobierno una dirección definitiva.

En estas circunstancias, no había que movilizar en torno a un proyecto nacional, y la construcción de la nación pasaba por la transformación de la población a través de un proyecto de civilización asumido por el Estado. No dejaba de ser significativo, como señaló Boris Kossov (1999), que en el álbum fotográfico elaborado bajo las órdenes de Río Branco para la Exposición Universal de París en 1889, se halla procurado presentar la imagen de un país transformado por los esfuerzos modernizadores del Estado, responsable por la introducción de los resultados de la técnica de la ciencia y de la tecnología moderna y por la transformación de la naturaleza tropical. En el álbum de Río Branco, al contrario del álbum de Frond, casi no se encontraba representado el pueblo trabajador.

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

Entre tanto, el costo político y económico de la reproducción de fuerza de trabajo esclava continuó aumentando, y se multiplicaban las voces que se hacían sentir a favor de la abolición. La inevitabilidad de la inmigración y de la transición al trabajo libre era evidente, y la definición de una política de inmigración implicaba cuestiones centrales al respecto de la composición racial de la población y de las actitudes a la mestización y a la definición de la ciudadanía en una sociedad con esclavos.

Fue precisamente en este momento, cuando la sociedad brasilera debía encarar una definición substantiva de la sociedad civil, que el proyecto ideológico que subyacía a la idea de una misión civilizatoria del Estado imperial comenzó a desmoronarse.

La elite imperial se proponía introducir la civilización, la ciencia y la tecnología europea, y esto implicaba estar a la par de las últimas tendencias científicas y culturales. En la literatura, con la generación de 1870, el romanticismo fue destronado por el realismo y por el naturalismo, al mismo tiempo aquellos que eran vistos como los más destacados intelectuales europeos comenzaron a adoptar una visión científica de la sociedad, basada en el darwinismo evolucionista y en una preocupación con las implicaciones de las razas para el desarrollo social. (SCWARCZ, 1993).

*El Ensayo sobre las desigualdades de la raza humana*, de Gobineau, fue publicado en 1854, y el *Origen de las especies* de Darwin, en 1859. El propio Gobineau fue encargado de la misión diplomática francesa en Río de Janeiro en 1869-70, frecuentando la Corte.

Según la inscripción de 1872, la población libre brasilera era de 3.800.000, la población libre de color 4.200.000, y los esclavos eran -aún- 1.200.000. Delante de estos números, era inevitable que se discutiese la esclavitud, la raza y el mestizaje. Los intelectuales conocidos por pertenecer a la generación de 1870, aplicando estas teorías a la sociedad brasilera, comenzaron a manifestar un pesimismo generalizado sobre lo que venía siendo definido, de manera inevitable, como una nación mestiza.

En la literatura, el realismo de Machado De Assis y Raúl Pompéia dio el golpe de misericordia a un romanticismo y agonizante, y autores naturalistas, como Aluizio de Azevedo, pasaron a pintar un cuadro pesimista de la sociedad brasilera, sublimando los efectos degradantes de la raza, de la heredabilidad y del ambiente. La *revuelta de Canudos* vino apenas confirmar, a los ojos del mundo, este diagnóstico pesimista y pasó a representar, por metonimia, el atraso del pueblo brasilero. A partir de entonces, los términos de la discusión tenían necesariamente que ser otros.

Algunos años más tarde, la brasilera norteamericana Jeffrey Needell publicó un artículo titulado "La misión civilizadora doméstica: el papel cultural del Estado en el Brasil, 1808-1930" (1999). Es este ensayo, cuyo punto de partida es justamente la llegada de la Corte en 1808,

Needell aborda, sucesivamente, la política cultural de Joao VI, con su tentativa a través de la llamada "misión artística" francesa, de importar modelos europeos -franceses- de bellas artes; y la tentativa del gobierno imperial de importar, en los años 1820 y 1850, instituciones y modelos culturales de origen igualmente franceses, desde el Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro a el propio romanticismo indigenista; la política cultural modernizadora del Visconde de Río Branco, en al década de 1870; y el que en una obra anterior ( NEEDELL,1987) ya denominaba la "bella época tropical", con una nueva tentativa, en el cambio de siglo, de importar modelos culturales europeos.

En todos estos episodios, Needell ve una tentativa elitista y autoritaria de imponer un modelo europeo de civilización y de suprimir la cultura de matriz afro-brasilera. No nos debe sorprender, de este modo, que el intérprete a la Semana del Arte Moderno de 1922, y el patrocinio del modernismo por el Estado a partir de 1930, como un viraje de la tendencia, con la asunción por el Estado de la misma cultura popular, antes despreciada, como emblemática de la identidad brasilera.

Me parece que este abordaje, a pesar de sugestivo, es por su énfasis en los modelos culturales, demasiado unilateral y empobrecedor.

Considero por el contrario, que toda la cuestión de los modelos y códigos culturales gana mucho al ser mirada en su contexto social y político. Decir que la llegada de la Corte en 1808 inauguró un período de un siglo durante el cual sucesivos gobiernos elitistas procura importar al pueblo brasileiro modelos culturales europeos, no deja de ser verdad pero deja a un lado lo que me parece ser la verdadera cuestión.

A lo largo de todo este período, lo que estuvo en discusión fue ciertamente, la identidad cultural brasilera. Pero también estaba en discusión la definición, la construcción y la representación nación y la relación entre esta y un determinado orden social. Lo que fue inaugurado por la llegada de la Corte fue una determinada manera de encarar el problema. Las características del orden social brasileiro, esclavista y excluyente, tornaban difícil cualquier tentativa de atribuir al pueblo el papel de portador del proyecto político. En estas condiciones, en el que el pueblo como sujeto era una noción difícil de pensar, la alternativa era considerarlo como objeto, como materia prima tropical necesitada de transformación y valorización. Se trata como consecuencia de la perspectiva que esta ya implícita en el oximoron de la noción de una *Versalles Tropical*. A pesar de su anacronismo -a final de cuentas, una quinta ofrecida por un negrero, un exponente tardío del antiguo régimen ibérico, tiene poco que ver con el palacio del *Roi-soleil*- la expresión de Oliveira Lima traduce de manera bastante eficaz como, al desembarcar en Río, los miembros de la Corte reaccionaron al nuevo ambiente que encontraron.

Imaginándose a ellos mismos como portadores de las luces de la civilización, acabaron por desconocer el mundo que los rodeaba. Las sucesivas tentativas de encuadramiento conceptual y político de la

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

sociedad brasilera en función de una noción importada de civilización y de los intereses que en ella se reflejaban, acabaron por lanzar sobre ella mas sombra que luz.

### Referencias:

- Alencastro, Luis Felipe de. Vida privada y orden privado en el Imperio. En Alencastro, Luis Felipe. *Historia de la vida Privada en el Brasil, 2: Imperio: la corte y la modernidad nacional*, San Pablo: Compañía de las Letras, 1998, p 11-93.
- Armitage, John. *Historia del Brasil*. Río de Janeiro: Valverde, 1943 (1836).
- Candido, Antonio. Formación de la Literatura Brasileira (Momentos decisivos), Belo Horizonte; Itatiaia. 1997 (1975).
- Costa, Emília Viotti da. *Introducción al estudio de la emancipación política del Brasil*. En Mota, Carlos Guillermo (org). *Brasil en perspectiva*. San Pablo 1968. Pág. 64-125.
- Couto, Domingo Loreto. Desagravios el Brasil y glorias de Pernambuco. Ed. José Antonio Gonsalves de Mello. Recife: Fundación de la Cultura Ciudad de Recife 1981.
- Couty, Luis. *L'esclavage au Brèsil*. Paris: Guillaumin, 1881.
- Da Matta. Roberto. Digresión: la fabula de las tres razas, o el problema del racismo a la brasilera. En: *Relativizando: Una introducción a la Antropología Social*. Petrópolis, Voces, 1981, p 58-85.
- Denis, Ferdinand. Scènes de la nature sous les tropiques et de leur influence sur la poésie. Paris: Louis Janet, 1824.
- . Résumé de l'histoire littéraire du Portugal, suivi du Résumé de l'histoire littéraire du Brésil. Paris: Lecoite et Durey, 1826.
- . Brésil. Paris: Firmin Didot, 1837.
- . Brasil. Belo Horizonte: Itatiaia, San Pablo: Edusp, 1980 (1837)..
- Dias. Maria Odilia Silva. La interiorización de la metrópoli. En: Mota, Carlos Guillermo org. 1822: dimensiones. San Pablo: Perspectiva, 1972, p.160-184.
- Expilly, Charles. *La traite, l'émigration et la colonisation au Brésil*. Paris Lacroix, Verboeckhoven et Cie, 1865.
- Fragoso, Joao Luis Ribeiro. *Hombres de gran aventura: Acumulación y Jerarquía en el espacio Mercantil de Río de Janeiro (1790-1830)* Río de Janeiro: Archivo Nacional, 1992.
- Fragoso, Joao; Florentino, Manolo. *El arcaísmo como proyecto*. Mercado Atlántico. Sociedad Agraria y Elite mercantil en Río de Janeiro, 1790-1840. Río de Janeiro: Diadorim, 1993.
- Furtado, Junia Ferreira. *Hombres de negocios*. La interiorización de la metrópoli y del comercio en las Minas del siglo XVIII. San Pablo: Hucitec, 1999.
- Gorenstein, Riva. Comercio y política: el enraizamiento de los intereses mercantiles portugueses en Río de Janeiro (1808-1830). En: Martinho, Lenira Menezes; Gorenstein, Riva. *Negociantes y empleados en al sociedad de la independencia*. Prefectura de la ciudad de Río de Janeiro, 1993, p. 125-255.

- Guimaraes, Manuel Luis Salgado. *Nación y civilización en los trópicos: el Instituto Histórico y Geográfico Brasílero y el proyecto de una historia nacional*, Estudios Históricos, 1988,1 p 5-27.
- Jancsó, Ivan (Ed). *Brasil: Formación del Estado y de la Nación* San Pablo: Hucitec/Unijui/FAPESP, 2003.
- ; Pimenta, Joao Paulo G. Piezas de un mosaico (o aportes para el estudio de la emergencia de la identidad nacional brasilera. En: MOTA, 2000, P127-175.
- Kossov, Boris, *Realidades y ficciones en una trama fotográfica*, Coita: Atelier Editorial, 1999.
- Lavradio, *Marques de Cartas de la Bahía, 1768-1769*. Rio de Janeiro: Archivo Nacional, 1972.
- Lima, Valeria. *J-B Debret, historiador y pintor*. Campinas: Unicamp. 2007.
- Lindley, Thomas. *Narrative of a Voyage to Brasil*. London: J. Jhonson, 1805
- Malerba, Jurandir. *La Corte en el exilio. Civilización y poder en el Brasil en las vísperas de la independencia. (1808 a 1821)*. San Pablo. Compañía de las letras, 2000.
- Martius, Karl Friedrich Philipp von. *Como se debe escribir la historia del Brasil. Río de Janeiro: IHGB, 1991 (1845)*.
- Mattos, Hebe Marias. *Esclavización y ciudadanía en el Brasil monárquico*. Río de Janeiro: Zahar, 2000.
- Mattos, Ilmar Rodolfo de *La formación del estado imperial*. Río de Janeiro: Access, 1999 (1987).
- Mota, Carlos Guillermo (org). *Viagem incompleta. La experiencia brasilera (1500-2000)*. Formacion: historias. San Pablo: SENAC.
- Needell, Jeffrey. *La tropical bella época: Elite Culture and Society in Turnof-the-century Rio de Janeiro*. Cambridge: Combridge University Press. 1987.
- . The Domestic Civilizing Mission: The Cultural Role of the State in Brazil, 1808-1930, *Luso-Brazilian Review*, XXVI/1, 1-18. 1999.
- Puntoni, Pedro. *El Sr. Varnhagen y el patriotismo mestizo: el indígena y el indigenismo ante la historiografía brasilera*. En: Jancsó, 2003, p 633-675.
- Rowland, Robert. *Patriotismo, pueblo y odio a los portugueses. Notas sobre la construcción de la identidad nacional en el brasil independiente*. Jancsó 2003, p 365-388.
- Ruy, Alfonso. *La primera revolución social brasilera, 1798*. Salvador. Tip. Beditina, 1951.
- Salles, Ricardo. *Nostalgia Imperial. La formación de la identidad NACIONAL EN EL Brasil del segundo reinado*. Río de Janeiro: Topbooks, 1996.
- Schultz, Kirsten. *Tropical Versailles. Empire, Monarchy and the Portuguesa Royal Court in Rio de Janeiro, 1808-1821*. New York/London: Routledge,2001.
- Schwarcz, Lilia Moritz. *El espectáculo de las razas. Cientistas instituciones y cuestión racial en el Brasil, 1870-1930*. San Pablo. Compañía de las letras, 1993.

## La sombra de la corte: representaciones del pueblo en el Brasil decimonónico

------. *A las Barbas del emperador. D. Pedro II, un monarca en los trópicos*. San Pablo: Comapnia de las letras, 1998.

-Segala, Lyggia. *Ensayo de las luces sobre un Brasil pintoresco: el proyecto fotográfico de Víctor Frond*. Tesis de Doctorado en antropología social. Río de Janeiro. Museo Nacional/UFRJ, 1998.

-Spix, J.B. von; Martius, C.P.F. von. *Viaje por el Brasil*. Belo Horizonte. Itatiaia. San Pablo.

-Varnhagen,F.A. *Correspondencia Ativa* (corregida y anotada por Claudio Ribeira de Lessa). Río de Janeiro: INL,1961